

Condición indispensable de la vida

Marià Corbí

Sentirse individuo es la condición indispensable de la vida. Todo viviente se ha de sentir un individuo, de una forma u otra.

Entre los humanos, sentirse individuo se concreta en el sentimiento de ser un yo. Sin el sentimiento del yo no podríamos tener un medio del que sobrevivir. El sentimiento de ser un yo viene determinado por el sentir de las necesidades, que son deseos y expectativas ligadas a los recuerdos de éxitos y fracasos en relación con la satisfacción de los deseos.

El yo como paquete de deseos, expectativas y recuerdos construye una acotación y valoración del medio a su medida.

El yo, el sentimiento de individualidad, es una estructura que viene construida por las necesidades básicas del animal que, como simbiótico, debe ser socializado en el proyecto axiológico colectivo por los familiares y el grupo al que pertenece.

El yo, la individualidad sentida, es una función fundamental humana; sin ella la vida del individuo en el medio no sería posible. Mientras el animal humano viva, el yo ha de ejercer su función.

Sentirse una individualidad necesitada en el medio es la condición fundamental de la vida. Pero es, a la vez, la causa de todos nuestros sufrimientos: los deseos y expectativas que no se cumplen. Todo deseo y expectativa es también un temor. El eje de nuestras vidas, como individuos, es el deseo/temor con los recuerdos de nuestros éxitos y fracasos.

El yo es el gestor de nuestras vidas y la causa de nuestros sufrimientos. Mientras los humanos se identifiquen con el yo, su destino es el sufrimiento. La personalidad es el conjunto de las peculiaridades de cada individuo creada por la estructura de sus deseos/temores, expectativas y recuerdos de su inserción en el núcleo familiar y en el grupo al que pertenece.

Mientras uno se identifique en su pensar, sentir y actuar con su yo, con su personalidad, con su individualidad, no podrá separarse del sufrimiento. El destino inevitable del individuo, del yo, de la personalidad es el sufrimiento. El sentir del yo es sufrimiento con algunas islas de felicidad que tienen que ver con las satisfacciones de las necesidades.

Quienes se dediquen a engrandecer su yo, a cultivar su personalidad, quienes se apoyen en el sentir del yo, y se pongan a su servicio, no podrán alejarse del sufrimiento; por el contrario, se hundirán más y más en él.

¿Cómo escapar a esta trampa mortal de nuestra condición de vivientes necesitados? ¿Hay escapatoria? Los grandes sabios y las tradiciones espirituales nos dan la solución. ¿Cuál es?

El distanciamiento del sentir la individualidad, el distanciamiento del sentimiento del yo, el distanciamiento de la propia personalidad es la solución. Pero sentirse individuo, yo, persona, no puede ser eliminado, porque todo eso es una función imprescindible para la vida. Sin embargo, puede ser dejado al margen en el pensamiento, en el sentir y en la actuación. Dejar al margen esas funciones significa que no son el eje de nuestras vidas, que se les deja que cumplan su función sin que sean el fundamento de nuestro pensar, sentir y actuar.

Hemos dicho que el sentir es el núcleo de nuestro ser de vivientes; apartar ese sentir de nuestra condición de individuo, de nuestro yo, de nuestra personalidad es la gran tarea que proponen los sabios. Silenciar esas funciones quiere decir únicamente que tu pensar, sentir y actuar viven y obran como si la individualidad y todas sus consecuencias no estuvieran, como si hubieran muerto; significa que sus reclamos y temores no cuentan para pensar, sentir y actuar.

¿Cuáles son las consecuencias de que el sentir de la individualidad, el sentimiento del ego, la personalidad, deje de ser el centro y el eje de nuestro pensar, sentir y actuar?

Cuando el centrarse en el individuo, en el yo, se silencia como si se estuviera muerto, se calla la modelación y valoración de toda la realidad, se silencian el tiempo y el espacio que acompañan a la modelación, se calla la dualidad entre el yo y la modelación, entre individualidades, entre el yo y el medio, que es su modelación.

Cuando eso ocurre, no hay nadie frente a nada, pero continúa habiendo el pensar, el sentir y la acción, aunque sea de nadie sobre nada. El pensar, el sentir y la acción son universales porque no residen en un individuo. El pensar, el sentir y el actuar residen en misterio de los mundos; son, por ello, sin tiempo ni espacio.

Esas tres capacidades humanas, sin un mundo modelado y sin un modelador, se unifican: el sentir es luminoso, el pensar es vibrante y la acción es la lucidez y calor operando, desde nadie sobre nada; por tanto, sin límites ni fronteras, universal.

Se hace patente que la lucidez, la conmoción del sentir hondo, la acción, que es de nadie sobre nada, todo eso es del misterio de los mundos sobre el misterio indecible de los mundos.

Se silencia el conjunto de las acotaciones, de individuaciones, pero no el mundo de las cualidades diversas y universales. No hay nadie ni nada en ninguna parte; todo es de una gran diversidad, siempre universal. Puesto que no hay nada ni nadie en ninguna parte, no hay ni tiempo ni espacio, ni causas y efectos.

Las construcciones de la vida cotidiana, el yo, continúa funcionado, pero no ya desde individualidades con sus cargas de deseos/temores, expectativas dados como reales, como real es su mundo correlato. Se trata del misterio de los mundos sobre el misterio de los mundos, es decir, se trata de la unidad, de la no dualidad; y la unidad es amor.

En la vida cotidiana se ve el misterio de los mundos, sin alteridad ninguna. El sentir hondo y el sentir sistema de señales, el pensar puro y universal y el pensar de lo cotidiano, la acción que es lucidez y vibración y la acción para sobrevivir, son lo mismo. La cotidianidad de nuestro ser de vivientes es la presencia y transparencia de la dimensión absoluta de lo real, del gran “porque sí”.

Lucidez vacía de objetivaciones, sentir como conmoción pura sin dualidades, acción sin actor ni nadie sobre quien se actúa son unidad sin ninguna separación, ninguna contraposición, ninguna dualidad, universalidad sin fronteras ni acotaciones.

Todas las individualidades se van para no volver, porque en realidad nunca fueron.

Todo esto no son descripciones metafísicas, sino datos y lógica que brotan de nuestra condición de animales con doble acceso a lo real y a nosotros mismos.

(M. Corbí. *El sentir hondo de la vida. Epistemología axiológica*, vol.7, p.132-133)

Tomado de https://cetr.net/es/nada-tiene-existir-propio/?utm_campaign=&utm_medium=email&utm_source=newsletter